

1a
 Por fin le sentí. Allá á lo lejos resonaron unas pisadas, que poco á poco iban acercándose. Me acurrugué en el rincón más obscuro y examiné el revólver que tenía en la mano, firmemente resuelto á no darme á ver hasta enterarme de la fecha del desconocido. Reinaron unos momentos de silencio y comprendí que se había parado. Volví luego á sentir pisadas, y una sombra apareció en la entrada de la choza.

—Hace una tarde hermosísima, mi querido Watson. Creo estará usted mucho mejor aquí fuera que ahí, dijo una voz muy conocida.

XII

Tan asombrado quedé al oír aquellas palabras, que apenas podía creer lo que estaba viendo; pero no tardé en tranquilizarme, en tanto que un gran peso de responsabilidad parecía como si me levantase de mis hombros. Aquella voz irónica, fría y resuelta, sólo podía pertenecer á una persona en el mundo.

—¡Holmes!—exclamé—¡Si es Holmes!

—Salga usted aquí, Watson—fué la contestación,—y cuidado con el revólver.

En efecto, salí de la choza, y allí, sentado en una piedra, estaba el mismísimo Holmes. Al ver el asombro que aún se dibujaba en mi semblante, comenzó á reír á carcajadas. Estaba flaco y desencajado, aunque tan listo y tan despierto como siempre. Su rostro, bronceado por la intemperie, parecía respirar energía y fortaleza. Con su traje de color ceniciento y su sombrero de fieltro, tenía todo el aspecto de un *turista* que había venido al páramo llevado de la curiosidad. Con aquel amor á la pulcritud que le caracterizaba, estaba afeitado y tenía la camisa tan limpia y tan blanca como si se hallase en Baker Street.

—¡Cuánto me alegro de verle!—exclamé estre-

chándole la mano con efusión.—Jamás he recibido á un amigo con mayor alegría.

—Ni con mayor sorpresa, ¿verdad?

—Cierto.

—No crea usted que la sorpresa ha sido sólo suya. No tenía yo ni la menor idea de que había usted descubierto mi escondite, y mucho menos de que estuviera usted dentro, hasta que llegué á veinte pasos de la choza.

—Vería usted mis pisadas.

—No, amigo mío, no me creo capaz de distinguir sus pisadas entre las de todo el mundo. Pero si alguna vez tiene usted deseos de engañarme, es menester, ante todo, que cambie de cigarros. Cuando vi en el suelo una colilla con la marca Bradley Oxford Street, me figuré que mi amigo Watson no andaba muy lejos. Allá está, en la orilla del sendero. Sin duda la arrojó usted en el momento de entrar en la choza.

—En efecto, así fué.

—Así lo supuse. Y conociendo su admirable tenacidad, comprendí que estaría usted, revólver en mano, esperando que regresara el dueño de tan lujosa mansión. ¿De modo que creyó usted que yo era el criminal?

—Ignoraba quién podía ser, pero resolví averiguarlo á todo trance.

—¡Excelente, Watson, excelente! Ahora dígame usted cómo consiguió localizarme. ¿Me vió tal vez aquella noche de la persecución del presidiario,

cuando fui tan imprudente que permití que la luna se levantara detrás de mí?

—Sí, le vi aquella noche.

—¿Y desde entonces se dedicó usted á registrar una por una todas las chozas del páramo hasta llegar á ésta?

—No; es que alguien se ha fijado en el muchacho, y siguiéndole á él la pista he podido saberlo.

—Ya. Con seguridad que esas son cosas del viejo del telescopio. El primer día no pude explicarme qué era aquello que tanto reflejaba la luz de los rayos del sol. ¿De modo que ha estado usted en Coombe Tracey?

—Sí.

—¿Para ver á la señora Laura Lyons?

—Justo.

—Bien hecho. Se ve que nuestras pesquisas han ido por el mismo camino, y no dudo que, cuando juntemos los resultados, no quedará sin esclarecer gran parte del misterio.

—Por mi parte me alegro en el alma de que haya venido usted, porque, francamente, la responsabilidad iba ya siendo demasiado pesada para mí. Pero á todo esto, ¿cómo se explica su presencia en este sitio? Yo le creía á usted en Baker Street, ocupado con ese escándalo de que tanto se habla.

—Precisamente eso es lo que yo deseaba que creyera usted.

—De manera, Holmes—dije con amargura,—que te acuerda usted de mí cuando le hago falta, y, sin

embargo, no me trata con verdadera confianza. Creo que no merezco eso.

—Mi querido amigo, ha sido usted insustituible para mí en este caso como en algunos otros, y le ruego me perdone si parece que le he tratado con desconfianza: no tuve semejante intención. Hablando francamente, puedo decirle que vine aquí por el bien de usted. Comprendiendo el peligro que corría, resolví venir secretamente, á fin de poder vigilar y observar sin ser observado. Viviendo con sir Henry y con usted en el castillo, hubiera visto las cosas, naturalmente, bajo el mismo aspecto que usted. Además, mi presencia hubiera sido causa de que nuestros formidables enemigos anduvieran con precaución.

En cambio, de esta manera he podido recorrer el páramo de un extremo á otro, lo cual me hubiera sido imposible hacer viviendo en el castillo. Soy desconocido factor en el asunto, y estoy dispuesto á dar el golpe en el momento crítico.

—¿Y por qué no me avisó usted que venía?

—Porque ningún provecho hubiéramos sacado con que lo supiera usted, y podía haber sido la causa de que me descubriesen. Hubiera querido decirme algo ó procurarme alguna comodidad, y de este modo el riesgo hubiera sido mucho mayor. Traje á Cartwright, el muchacho de las oficinas públicas. Él atiende á mis sencillas necesidades trayéndome un panecillo y un cuello limpio. ¿Qué más se puede pedir? Además me ha prestado un buen par de ojos so-

bre unos pies activísimos, todo lo cual me ha servido de mucha utilidad.

—¿De manera que mis relatos han sido inútiles completamente?

Estaba nervioso al recordar el cuidado con que los había escrito.

Holmes sacó del bolsillo un fajo de papeles.

—Aquí están—dijo—y bien examinados, se lo aseguro. Gracias á las excelentes medidas que adopté llegaron á mis manos con un día de retraso nada más. Le felicito sinceramente, amigo Watson, por el celo y la actividad que ha desplegado usted en un asunto tan complicado y difícil.

Aún estaba yo ofendido, pensando en la poca confianza con que me había tratado; pero sus palabras me animaron y pronto deseché el mal humor. Por otra parte, comprendía yo perfectamente que tenía razón Holmes, y que verdaderamente era mejor que no hubiera sabido que estaba allí.

—Así me gusta—exclamó Holmes, viendo que la sombra de mal humor desaparecía de mi semblante. Y ahora cuénteme usted el resultado de su entrevista con Laura Lyons. Bien fácil me fué comprender que había usted ido á visitarla, porque estoy enterado de que ella es la única persona que nos puede ser útil en el asunto. En fin, que si usted no hubiera ido hoy, hubiese ido yo mañana.

El sol se había puesto, y la obscuridad de la noche con sus negras alas comenzaba á envolver el páramo.

El tiempo era desapacible y frío; así que, para es-

tar abrigados, entramos en el interior de la choza. Allí, sentados cada cual en una piedra, referí á Holmes toda mi conversación con mistress Lyons. Tanto le interesó mi relación, que tuve que repetir algunas cosas para que se enterara bien.

—Todo eso es sumamente importante, Watson—dijo cuando terminé.—Con ello se llena un vacío que yo no había conseguido salvar en caso tan difícil como éste. ¿Sabe usted que existe grande intimidad entre esa señora y Mr. Stapleton?

—No, no lo sabía, aunque sí que se han tratado mucho.

—En cuanto á eso no cabe la menor duda. Se ven, se escriben, se comprenden perfectamente. Pues bien, esa intimidad resulta una buena arma para nosotros. Lo que yo quisiera es emplearla para hacer hablar á su mujer. Sí, amigo mío, á su mujer. Yo le doy ahora alguna información, en cambio de la que me ha dado usted á mí. La señora que aquí pasa como hermana de Stapleton es realmente su mujer.

—¡Cielos! ¿Está usted seguro de lo que dice? ¿Cómo pudo permitir que sir Henry se enamorase de ella?

—El único que saldría perdiendo en eso sería sir Henry. A Stapleton le importaba muy poco que se enamorase de ella. De lo que sí cuidó muy bien, como usted mismo ha observado, fué de que la hiciera el amor. Repito que esa mujer es su esposa y no su hermana.

—¿Pero á qué viene semejante decepción?

—Porque el hombre creyó que le sería mucho más útil como mujer libre.

Todos mis sentimientos reservados, todas mis sospechas fueron de pronto concentrándose en el naturalista. Me parecía ver en aquel hombre descolorido, impasible, con su sombrero de paja y la ridícula red verde, un monstruo de crueldad y de malicia. Comprendí de repente que era uno de esos hombres de infinita paciencia, de astucia incomparable, que esperaban con la sonrisa en los labios y el veneno en el corazón.

—¿De modo—dije—que nuestro formidable enemigo es Stapleton, y él fué quien nos siguió la pista en Londres?

—Así lo voy creyendo.

—¿Y la carta la mandaría ella acaso?

—Sí, ella.

Por entre la negra obscuridad del misterio que nos rodeaba hacia tanto tiempo destacábase la horrible figura de una villanía increíble, medio adivinada y medio vista.

—¿Pero está usted seguro de todo eso, Holmes? ¿Cómo sabe usted que esa mujer es su esposa?

—Porque en la primera entrevista que tuvo usted con él le dije, por descuido, algo de verdad, de lo cual se habrá seguramente arrepentido infinitas veces. Es cierto que fué maestro de un colegio particular en el Norte de Inglaterra. Pues bien, nada hay más fácil de hallar que un maestro de escuela. Existen agencias, por medio de las cuales se puede iden-

tificar á cualquiera que haya pertenecido á la profesión. Con una simple investigación supe que en una provincia del Norte un colegio particular había sido disuelto por la conducta del maestro, y que éste había desaparecido en compañía de su mujer. Las señas eran idénticas; y cuando averigüé que el desaparecido era aficionado á la entomología, fué completa la identificación.

Las tinieblas del misterio comenzaban á desvanecerse, aunque había cosas que yo no me explicaba.

—Si esa mujer es su esposa, ¿qué tiene que ver con Laura Lyons?

—Precisamente esa parte del embrollo queda aclarada con las pesquisas de usted. La entrevista que ha tenido con ella nos ayuda á penetrar el misterio. Yo no estaba enterado de que pensaba entablar el divorcio contra su marido. En ese caso, y creyendo que Stapleton es soltero, contaba tal vez con llegar á ser su esposa.

—¿Y cuando se la desengañe?

—Entonces es cuando creo que nos será útil. Mañana, á primera hora, hemos de visitarla los dos juntos. Pero á todo esto, ¿no le parece á usted, Watson, que debería regresar al castillo? Es mucho el tiempo que lleva usted fuera de él.

Los últimos rayos del sol habían desaparecido y el páramo estaba envuelto en la impenetrable obscuridad de la noche. En el cielo brillaban algunas estrellas.

—La última pregunta, Holmes—dije levantando-

me.—Entre usted y yo no puede ni debe haber ya secretos. ¿Qué significa todo esto? ¿De qué se trata?

—Se trata de un horrible crimen, Watson, de un asesinato premeditado y sangriento, pero no me pida usted ahora detalle ninguno. Las mallas de mi red van envolviendo al criminal poco á poco, lo mismo que las de éste envuelven á sir Henry. Gracias á las noticias de usted y á su ayuda no tardará en caer preso en mis manos. Sólo un peligro nos amenaza, y es que dé el golpe antes que nosotros. Un día más, ó dos á lo sumo, y tendré exacto conocimiento de todo; pero mientras tanto, cuide usted de sir Henry como cuida la madre á su hijo enfermo. No se aparte usted de su lado para nada. Fundamento había para su ausencia de hoy, pero casi me pesa que le haya usted dejado... Mas ¿qué es eso? ¡Dios mío!

Un terrible grito de angustia y horror interrumpió el silencio de la noche. Al escucharlo, la sangre se me heló en las venas.

—¿Qué será?—exclamé lleno de sobresalto.

Holmes se plantó en la entrada de la choza y se puso á escuchar atentamente.

—¡Chist!—murmuró.—¡Chist!

El grito había llegado á nuestros oídos por la vehemencia con que fué lanzado; pero la persona de quien procedía estaba, sin duda, muy lejos de nosotros, casi en el otro extremo del páramo. Volvimos á oirlo, pero ahora más angustioso, más fuerte y pidiendo socorro.

—¿De dónde procede, Watson?—preguntó Holmes.

Por el timbre de su voz comprendí que él, el hombre de hierro, estaba conmovidísimo.

—¿De qué dirección viene?—volvió á decir.

—Creo que de aquel lado.

—No; escuche usted, es por este otro.

Nuevamente dejóse oír aquel angustioso grito, pero más cerca, más horrible y mezclado con un aullido amenazador, que se extendía por el páramo.

—¡El perro!—exclamó Holmes.—¡Corra usted, Watson, vamos en seguida! ¡Y quiera el cielo que no lleguemos tarde!

Salió precipitadamente, y yo le seguí. Corríamos los dos como desesperados, cuando llegó á nuestros oídos un nuevo grito lleno de desesperación, seguido de un golpe sordo y pesado. Nos detuvimos para escuchar.

¿Qué sería aquello? ¿Nos había burlado nuestro enemigo, á pesar de todos nuestros trabajos para impedirlo?

—¡Nos ha vencido, Watson!—exclamó Holmes, llevándose la mano á la frente y haciendo un gesto de profundo disgusto.—¡Llegamos tarde!

—No, no, no lo diga usted. ¡Qué horror!

—¡Qué necio, qué estúpido he sido!—continuó.—¡Qué locura la mía al permitir que se adelantara! Y por lo que á usted atañe, Watson, ahí tiene usted las consecuencias de haber dejado solo á sir Henry. Por lo menos nos queda la venganza, y juro que

vengaré la muerte. Yo sabré hacer pagar al malvado su obra de esta noche.

Volvimos á emprender la caminata, corriendo en medio de aquella impenetrable obscuridad, tropezando con peñas y rocas, abriéndonos paso por entre jaras, madroñales y zarzas, subiendo cerros y bajando cuestras, sin poder casi respirar, para dirigirnos al sitio de donde creíamos había partido el grito. Al llegar á la cumbre de cada altura, Holmes miraba de un lado á otro, pero inútilmente. Las sombras de la noche, con sus negras alas, envolvían el páramo y ningún objeto parecía moverse.

—¿Ve usted algo, Holmes?

—Nada.

—Escuche. ¿Otra vez?

Ahora fué un débil quejido lo que oímos, y procedía del lado izquierdo. Allí existía una cadena de cerros, los cuales terminaban en empinada pendiente, que dominaba á su vez un vallecito cuajado de guijarros.

Poco después distinguimos en el suelo la forma de un objeto negro é irregular, que á los cuatro pasos vimos que era un hombre tendido boca arriba. Tenía la cabeza doblada debajo del cuerpo, formando un ángulo horrible, los hombros redondeados y el cuerpo encogido como si estuviera en el acto de dar una voltereta. Tan grotesca era su actitud, que no pude imaginarme que aquel quejido fuera el último exhalado por su pecho. Nos inclinamos sobre él y vimos que no se movía.

Holmes le puso una mano en la cabeza y la levantó en seguida, lanzando una exclamación de horror. Encendió una cerilla, y á su débil luz vimos el negro pozo que poco á poco iba ensanchándose debajo del aplastado cráneo de la víctima. Otra cosa también distinguimos que nos dejó helados, mudos de espanto: ¡Era el cuerpo de sir Henry Baskerville!

Ninguno de los dos habíamos olvidado aquel traje de cuadritos que vestía, el mismo que llevaba el día en que le vimos por primera vez. La luz sólo duró un segundo, pero fué bastante; ¿para qué ver más? Vaciló la llama y se apagó, como se apagaba en nuestras almas el último resto de esperanza.

Holmes exhaló un suspiro de profunda pena.

—¡Qué bruto, qué bruto!—exclamé yo sin poder contenerme, en medio de mi despecho y del sentimiento que me causaba la pérdida de mi pobre amigo.—¡Ay, Holmes, nunca jamás podré perdonarme á mí mismo por haberle abandonado!

—Más culpa tengo yo que usted, Watson. Por esperar á tener completos todos los datos he perdido la vida de mi amigo, de mi cliente. Jamás recibí golpe tan terrible. Pero ¿cómo había de suponer, cómo era posible que me figurara que, á pesar de todos mis consejos y advertencias, se atrevería á salir solo al páramo?

—¡Qué gritos tan angustiosos, Dios mío! ¡Pobre sir Henry! ¡Cuánto siento no haber podido salvarle! ¿Dónde estará ese animal, ese perro maldito que ha sido la causa de su muerte? Y Stapleton, ¿dónde an-

dará? Tenemos que hacerle pagar muy cara esta última villanía.

—De eso me encargo yo—repuso Holmes.—El tío y el sobrino han sido villanamente asesinados. El primero murió de miedo á la vista de un animal que él creyó sobrenatural. El segundo ha recibido la muerte en su loca carrera, queriendo huir del fatídico perro. Pero aún tenemos que probar la combinación entre el hombre y el perro. A pesar de lo que acabamos de oír, no podemos asegurar que existe el perro, y menos todavía comprendiendo, como es evidente, que sir Henry ha muerto á consecuencia de la caída. Juro Watson, que por muy astuto que sea ese individuo, ha de estar en mi poder antes de veinticuatro horas.

Con el corazón lleno de amargura y de pena quedamos allí contemplando el cadáver de nuestro desventurado amigo, á cuyo lado nos sentíamos completamente abrumados por el repentino y ya inevitable desastre, que ponía término de tan triste manera á todos nuestros fatigosos esfuerzos. Pasado un rato, y cuando la luna comenzaba á alumbrar la siniestra soledad del páramo, trepamos á la cumbre de los cerros desde los cuales había caído el pobre sir Henry, para inspeccionar toda la vasta extensión.

En lontananza brillaba una solitaria luz, que sólo podía proceder de la vivienda de Stapleton. Profiriendo una maldición, levanté la mano en actitud amenazadora.

—¿Por qué no habíamos de prenderle ahora mismo?—pregunté.

—Porque lo perderíamos todo. El hombre es precavido y astuto cuanto sabe serlo; no olvide usted, Watson, que se trata, no de lo que sabemos, sino de lo que podemos probar.

—Pues ¿qué hemos de hacer?

—Mañana lo veremos. Ahora vamos á cumplir con nuestro desgraciado amigo los últimos deberes de la amistad.

Juntos volvimos á bajar de los cerros para acercarnos al cadáver, que se destacaba negro y deforme sobre las blanquecinas piedras. La agonía de aquellos retorcidos miembros me causaron profunda pena, haciendo saltar las lágrimas á mis ojos.

—Necesitaremos que alguien nos ayude—dije;—nosotros no podemos llevarlo hasta el castillo. Pero, ¡cielos! ¿qué le pasa á usted, Holmes? ¿Se ha vuelto loco?

Lanzando una exclamación de sorpresa, Holmes se había vuelto á inclinar sobre el cadáver, y levantándose de pronto empezó á reírse á carcajadas, estrechándome la mano con efusión y haciendo las más vivas demostraciones de alegría.

—¡La barba, la barba!—exclamó.—¡Si tiene barba este hombre!

—¿Barba?—dije.—¿Cómo es posible?

—No es sir Henry ni mucho menos. Es... ¡Sí, sí, es mi convecino el presidiario!—continuó—inclinándose para reconocerle.

Y efectivamente. Era la misma cara que había aparecido por entre las rocas en aquella noche memorable. ¡Era Seldon, el criminal!

En un momento lo comprendí todo. Recordé que sir Henry, según me había dicho, había regalado unas ropas á Barrymore, el cual, sin duda, se las había dado á Seldon para que pudiera huir con más seguridad. Las botas, la camisa, la gorra... todo era de sir Henry.

Aún resultaba negra la tragedia, pero por lo menos aquel criminal había merecido la muerte por las leyes del país.

Explicué á Holmes todo aquello, mientras mi corazón se ensanchaba de satisfacción y alegría porque al cabo se había salvado sir Henry.

—En ese caso—dijo—la ropa ha sido la causa de su muerte. Se conoce que el perro se ha guiado por alguna prenda de sir Henry; tal vez por la bota que le fué robada en el hotel. Siguiendo esta pista ha dado con este hombre. No obstante, hay una cosa que no me explico, y es cómo pudo saber Seldon que el animal le perseguía, dada la obscuridad de la noche.

—Le oiría.

—Eso no sería suficiente para asustar á un hombre tan duro como fué este Seldon. A juzgar por la dirección de sus gritos, debió de correr mucho después que el animal comenzó á seguirle. ¿Cómo lo sabría?

—Mayor misterio es para mí el por qué, presu-

miendo que no vamos descaminados en nuestras conjeturas...

—Mi querido Watson, yo jamás presumo.

—Bueno, ¿por qué está suelto el animal esta noche? Supongo que no andará siempre suelto. De fijo que Stapleton no le hubiera soltado si no se hallase bien seguro de que sir Henry estaba por ahí.

—Mi problema es el más difícil de los dos. Creo que muy pronto hallaremos la solución del de usted, mientras que es muy probable que la del mío quede para siempre envuelta en las tinieblas del misterio. Y ahora, ¿qué vamos á hacer con el cadáver de este infeliz? No podemos dejarlo aquí á merced de los cuervos.

—Podíamos dejarlo en una de las chozas hasta que avisemos á las autoridades.

—Me parece bien. Entre los dos podremos llevarlo hasta allí. ¡Eh, Watson! ¿Qué es esto? ¿Es Stapleton? ¡Vaya una audacia! Cuidado con que se le escape á usted ni una palabra que revele nuestras sospechas. De lo contrario caerán por tierra nuestros planes.

A la luz de la luna pude distinguir el fuego de un cigarro, y pocos momentos después se destacaba la figura del vivaracho naturalista. Se detuvo un momento al vernos, y después avanzó resueltamente.

—¡Cómo! ¿Es usted, doctor?—preguntó.—De ninguna manera hubiese creído encontrar á usted en el páramo á estas horas. ¿Pero qué ha pasado aquí? ¿Se

ha caído alguien? No será... ¡Ay, Dios mío! No, no me diga usted que es el pobre sir Henry.

Pasando apresuradamente por delante de mí se inclinó sobre el cadáver.

Me pareció que se contraía su respiración y vi que el cigarro se le cayó de los dedos, mientras balbuceaba:

—¿Quién... quién es éste?

—Es Seldon, el presidiario que se evadió de la cárcel.

Stapleton volvió su cara lívida hacia nosotros, pero haciendo un supremo esfuerzo pudo vencer el asombro y el disgusto que sufría. Mirando primero á Holmes y luego á mí, exclamó como si pretendiera sujetarnos á un interrogatorio:

—¡Pobre hombre! ¿Y cómo ha muerto?

—Parece que se ha torcido el cuello y se ha roto el cráneo al caer desde aquella altura. Mi amigo y yo paseábamos por el páramo, cuando sentimos un grito y corrimos á ver qué sucedía.

—Yo también sentí un grito y temí en seguida por sir Henry.

—¿Por qué precisamente por sir Henry?

—Porque le había invitado á que viniera á pasar un rato en mi casa esta noche. Cuando llegó la hora y no venía me extrañé mucho, y, naturalmente, al sentir gritos, lo primero que se me ocurrió fué pensar en sir Henry. Y á propósito, ¿oyeron ustedes algún ruido además de los gritos?

—Ninguno—contestó Holmes.—¿Y usted?

—Tampoco.

—¿Por qué lo pregunta usted?

—Por nada; pero ya sabe usted lo que los labriegos cuentan de un perro que se ve y oye durante la noche en el páramo. Estaba yo pensando si se habría oído alguna cosa esta noche.

—No hemos oído nada—dije.

—¿Y cuál cree usted que habrá sido la causa de la muerte de este desdichado?

—Me parece probable que la zozobra y la peligrosa situación en que se hallaba le habrían trastornado la cabeza. Habrá corrido medio loco por el páramo, y por fin habrá caído desde esa altura, destrozándose el cráneo.

—Así debió de ser—dijo Stapleton lanzando un suspiro que me pareció indicaba su satisfacción.—¿Y qué le parece á usted, Sr. Sherlock Holmes?—añadió.

—Es usted buen fisonomista—contestó mi amigo inclinándose.

—Es que, desde la llegada del doctor Watson, esperábamos la de usted de un día á otro. Ha venido usted á tiempo para presenciar una tragedia.

—Es verdad. Opino como mi amigo, y creo que la muerte se explica de la manera que él la ha explicado. Recuerdo bien poco agradable voy á llevar á Londres mañana.

—¡Ah! ¿regresa usted mañana mismo?

—Esa es mi intención.

—Supongo que la visita de usted habrá servido

para arrojar un rayo de luz sobre el misterioso suceso que tanto nos ha dado que pensar.

Holmes se encogió de hombros, diciendo:

—No siempre puede uno obtener el éxito que apetece. El investigador necesita hechos en que basar su investigación. Rumores y leyendas no sirven de nada. No ha sido un caso satisfactorio para mí.

Habló Holmes con la mayor naturalidad é indiferencia del mundo, pero Stapleton seguía mirándole fijamente. Luego se volvió á mí, exclamando:

—Yo propondría que llevásemos á este pobre hombre á mi casa; pero mi hermana se asustaría tanto que, francamente, no me atrevo. Creo que, dejándole la cara tapada, puede quedar aquí hasta mañana.

Y así quedó arreglado.

El naturalista nos invitó á su casa; pero, rehusando su hospitalidad, Holmes y yo nos dirigimos al castillo Baskerville, dejándole á él para que volviese sólo.

Mirando atrás pudimos distinguir su figura, que marchaba en dirección contraria á la nuestra, dejando atrás aquella mancha negra, aquel siniestro bulto, únicos restos del hombre que había recibido una muerte tan repentina y tan horrible.

—¡Qué calma tiene ese hombre!—exclamó Holmes.—¡Qué pronto recobró la sangre fría, después de lo que debió de ser para él un golpe terrible viendo que su víctima no era la persona que deseaba! Se lo dije en Londres, Watson, y lo repito hoy;

nunca tuvimos adversario más merecedor de nuestro acero.

—Siento que le haya visto á usted, Holmes.

—También yo lo sentí al principio, pero ya no había remedio.

—¿Qué le parece á usted que hará, ya que sabe que está usted aquí?

—No sé; tal vez sea más cauteloso ó acaso se decida á echar por el atajo, como suele decirse. Como suele acontecer con los criminales más astutos, al menos con la mayor parte, puede ser que tenga demasiada confianza en sí mismo y esté creído de que nos ha engañado completamente.

—¿Y por qué no habíamos de arrestarle en seguida?

—Mi querido Watson, usted ha nacido para ser hombre de acción. Su espíritu le dice siempre que las mejores son las medidas violentas. Pero suponiendo que le hiciéramos detener esta misma noche, ¿qué adelantariamos? Absolutamente nada podemos probar en contra suya. Precisamente en eso consiste su endiablada astucia. Si empleara para sus fines un agente humano, sería más fácil obtener algún testimonio; pero, aunque sacáramos á relucir á ese enorme perro, eso no nos ayudaría á colocar una cuerda en el cuello de su amo.

—Me parece que la cosa no puede ser más clara.

—Muy al contrario. No hay nada que todavía esté claro. Los jueces se reirían de nosotros si les fuéramos con semejante cuento.

—Hay la muerte de sir Charles.

—A quien se encontró sin señal alguna que sirviera para indicar de qué había muerto. Usted y yo sabemos que murió de espanto y cuál fué el objeto que lo causó, pero ¿cómo habríamos de convencer al Jurado? ¿Qué pruebas hay de que existió el perro? ¿Dónde están las marcas de sus colmillos? Aunque es bien sabido que el perro no muerde á un cadáver, y que sir Charles murió antes que el animal le alcanzase, nada de eso podemos probar. No, amigo mío, es inútil; por ahora tenemos que resignarnos, porque no es posible presentar una acusación en toda regla. Hay que esperar un poco.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Una parte de mis esperanzas la tengo cifrada en Laura Lyons, cuando se entere de la verdad de ciertas cosas. Además, tengo formados mis planes, y antes que transcurra el día de mañana espero triunfar de tan villano criminal.

Nada más quiso decirme, y en el mayor silencio llegamos al castillo.

—¿Va á pasar usted?—pregunté.

—Sí; ya no hay razón para ocultarme. Pero oiga usted mi última palabra, Watson. No diga usted á sir Henry nada del perro. Que crea que la muerte de Seldon ha sido tal y como Stapleton nos quiso hacer ver. Así estará más animado para la prueba que le espera mañana, día que, si mal no recuerdo, está convidado á comer con los Stapleton.

—Yo también estoy invitado.

—Pues tendrá usted que inventar una disculpa para que sir Henry vaya solo. Eso se arreglará fácilmente. Y ahora, si bien llegamos tarde para comer, creo que estamos dispuestos para cenar.

La impresión de sir Henry al ver á mi amigo Holmes fué más bien de alegría que de sorpresa, pues ya hacía días esperaba que los recientes acontecimientos le harían venir de Londres. Lo que si le extrañó mucho fué que Holmes no trajera equipaje ni diera explicación ninguna de por qué no lo traía. Entre los dos no tardamos en proporcionarle lo que necesitaba, y mientras cenábamos referimos á sir Henry todo lo que creímos conveniente que supiera de nuestra aventura; pero antes me impuse yo la desagradable tarea de comunicar la muerte de Seldon á Barrymore y su esposa. Para el primero sería tal vez una incomparable satisfacción, pero su mujer lloró amargamente. Para todo el mundo fué Seldon un hombre violento, medio fiero y medio demonio; mas para ella fué siempre el niño de su juventud, el niño mimado que tantas y tantas veces había recibido sus caricias. Malo, muy malo ha de ser el hombre que no tenga una mujer que le llore.

—He pasado un día aburridísimo—dijo sir Henry.—Desde que Wastson se fué esta mañana no me he movido de casa. Creo que bien merezco saber algo, aunque sólo fuese por haber cumplido mi pro-